

LA MEMORIA DE LOS POLÍTICOS SOBRE LA PÉRDIDA Y LA RECUPERACIÓN DE SU ESTELARIDAD

Silvia Dutrénit Bielous
Instituto Mora

¿Es útil y posible trabajar desde la perspectiva de la historia oral con los políticos? Es más, podría preguntarse si realmente, quienes protagonizan las historias políticas, quienes en su mayoría definen el contenido de lo que son las historias oficiales, resultan materia de interés para reconstruir nuevos horizontes de conocimiento.

En las páginas que siguen se dan pistas metodológicas y se comparten experiencias relativas a una investigación que cruza tres conceptos analíticos: autoritarismos/transiciones, memoria histórica y políticos. En ellas se usufructúa la historia oral para reconstruir procesos más que para hacer historias de vida.¹ También se trata de crear nuevas fuentes para el conocimiento de situaciones que nos son cercanas históricamente.

Para cumplir con tales fines, el trabajo se divide en tres apartados. En el primero, se describen los conceptos que se combinan en la investigación. Seguidamente, en el segundo, se discute sobre la construcción del objeto de estudio y de sus alcances. Por último, en el tercero, se realiza un acercamiento a la experiencia concreta de entrevistar políticos ofreciendo una ruta posible para nuevos trabajos.

*Los conceptos analíticos:
autoritarismos/transiciones, memoria
histórica, políticos*

El espacio público ha sido siempre el terreno de los políticos. En todo régimen democrático el poder es civil y sus ejecutores pertenecen a la clase o elite política. En tales circunstancias las mujeres, los hombres y sus organizaciones pueden expresarse y actuar, al ser ésta una característica primordial de la propia democracia. Los partidos y sus elencos políticos tienen un papel estelar, papel que, como es sabido, en muchos países comparten con otras representaciones sociales.

En situaciones de autoritarismos civiles o militares, ocurre lo contrario. Y esta negativa a que el espacio público sea ocupado por los políticos y la forzosa marginación del universo civil organizado, van acompañados de la violación a la libertad de expresión y al conjunto de los derechos humanos y ciudadanos. Ello cambia paulatinamente según las circunstancias de cada país, toda vez que se van construyendo procesos transicionales. El cambio será más rotundo si se dirige hacia un régimen democrático y, por tanto, de libre expresión de las preferencias y de libre tránsito de los esfuerzos políticos.

Nuestra región, América Latina, exhibe las más disímiles y contemporáneas experiencias de este tipo, pero hay dos asuntos que vale la pena retomar de la historia reciente y traumática y de la memoria colectiva. Aquélla ha dejado en quienes la vivieron huellas muy profundas de terror, conflicto, arrinconamiento y reclusión en los espacios privados, de redimensionamiento de la vida cotidiana, en fin, de un sinnúmero de traumas psicosociales profundos. A su vez, este pasado reciente es disputado, se reabre permanentemente en función de intereses sectoriales, y, por ello, la historia como ciencia es una forma de memoria colectiva fraccionada. Así, desde la memoria del poder hasta la memoria popular pueden darse distintos rescates y relatos. Por ejemplo, esta segmentación ocurre cuando la memoria de la elite política no es la memoria del poder. En los autoritarismos y en las transiciones los nichos de recuerdos de esa elite se multiplican y la reconstrucción de la memoria colectiva se vuelve así un desafío insoslayable.

Entonces, enfocar la lente sobre los políticos en situaciones que les fueron adversas no significa necesariamente recuperar la memoria del poder —entendida ésta como la de la institucionalidad estatal—, pero sí, sin duda, la de aquellos protagonistas que la historia siempre registra con nombre y apellido. Porque en definitiva una elite, cualquiera que sea, y la política, que es por excelencia una representación de todas, es históricamente y como su denominación lo indica, “los pocos que están en la cosa” y que, por su autoridad e influencia, se arrojan la facultad de determinar las conductas y los hábitos de los más.²

La construcción del objeto de estudio y sus alcances: sí historia, no periodismo político

Así, pues, la historia reciente de represión y marginalidad políticas y la memoria de la elite política se constituyen en una intersección provocativa pero objetivamente posible. ¿Por qué? Porque, para un historiador que se ocupa de la historia reciente, el nudo problemático es la identificación de un tiempo social del que pudo ser actor, con un tiempo pasado, el que analiza.³ Es así que el análisis histórico, que nunca deja de estar teñido por la ideología, se torna más complejo al tratar de recrear una época cercana.⁴

Aun con la aceptación hoy día de que se dispone de más documentos que los que antaño los historiadores aceptaban como tales, existe la disposición a crear fuentes tremendamente impactantes por la fuerza que conlleva el sonido o el video, que ofrecen ventajas al historiador dedicado a investigar tales procesos.⁵ Para historiarlos es posible recurrir a los propios actores o espectadores, a los coetáneos de los acontecimientos, y es aquí donde la historia oral ha contribuido a recuperar la memoria de los hombres, de los pueblos, de los distintos grupos que hacen las sociedades.

¿Qué significa lo anterior? Significa que se han creado otras rutas en la búsqueda del dato, del hecho. Vale la pena precisar aquí, que el acercamiento a los políticos por medio de las entrevistas ha sido una práctica recurrente en el periodismo. Muy especialmente, se ha recurrido a la entrevista política para informar a la opinión pública sobre las experiencias vividas en etapas autoritarias o de transición. Como es sabido, las formas y los objetivos del periodismo político no necesari-

riamente se estructuran en la perspectiva de ubicar el dato, el acontecimiento para, a partir de él, comenzar la ardua tarea de cotejar y reconstruir históricamente los fenómenos.

Significa, además, que estas nuevas fuentes, los acervos de historia oral, no cuentan con el estatus especial de que el historiador deba reparar en ellas de manera diferente. El cotejo y la crítica de las fuentes mantiene para éstas el mismo protocolo y rigor que los tradicionalmente aceptados.

No obstante, cuando se trata de recabar testimonios de políticos sobre situaciones de autoritarismo y transición ¿sobre qué especialmente se debe reparar? Sin lugar a dudas, la principal premisa debe ser la de considerar que la oposición a los gobiernos autoritarios y la participación en una búsqueda de la institucionalidad democrática son valores socialmente compartidos a la hora de las crisis de los gobiernos de fuerza. ¿Qué se quiere decir con ello? Que finalmente son pocos los que mantienen la adhesión al autoritarismo —más allá de que se diera en muchos casos— y que, seguramente, no serán tantos los que lo manifiesten abiertamente. Además, que no todos van a desempeñar papeles protagónicos en la recuperación o en la conquista de un espacio público civil y plural.

Esta premisa asentada en el valor colectivo de la democracia y, con ello, por qué no, en el prestigio épico que toda actuación antiautoritaria encierra, va acompañada de otra: la situación presente del protagonista político de aquel entonces, es decir, del entrevistado.

Todo político es un actor que está, al ser entrevistado, en su escenario y siempre es un elaborador de discursos con intenciones proselitistas. De ahí que distinguir, al menos a *grosso modo*, entre político activo y retirado, es una clave sustantiva en el análisis de su testimonio y, aunque se volverá sobre esto, se

debe insistir en que los políticos entrevistados bajen del escenario. La advertencia sobre ello facilitará la búsqueda de la verdad y de la objetividad procurando eliminar los factores subjetivos y proselitistas, y dará otras claves para realizar el cotejo con fuentes distintas.⁶ Así, pues, la sobrerrepresentación de la oposición, su protagonismo, que se desencadenan durante las transiciones, y la persistencia del papel activo del político son parte del juego de serpientes y escaleras que debe superar el historiador oral o quien recurra a esos testimonios como fuentes de su investigación.

Estas dos premisas principales podrían desembocar en otra interrogante, o en una serie, signada, por la pertinencia o no de rescatar el testimonio de los de “arriba”, porque cabe preguntarse hasta dónde se lograrán hallazgos para una reconstrucción histórica y hasta dónde se vuelve sobre aquel componente de la memoria histórica que nunca se pierde.

Y aquí se debe insistir en un universo amplio de circunstancias, especialmente políticas, sociales, culturales, que permiten aseverar que la recreación histórica a partir de los testimonios de los políticos aporta, alimenta y enriquece el conocimiento de una época. Afirmación que podría extenderse a la exploración y explicación de los comportamientos presentes.

Lo anterior es fácilmente transmisible desde las siguientes preguntas. ¿El quehacer político exige espacios y reconocimientos tradicionalmente aceptados? O en forma inversa: ¿Es posible que los procesos históricos sean resultado de un quehacer político alejado de la estelaridad y de los espacios ortodoxos y habituales de la política partidaria?

Rastrear el quehacer político en situaciones en que éste constituía una actividad veta-

da conduce, primero, a que los propios protagonistas, los políticos, respondan que no existía la vida política. Sin embargo, la insistencia en qué se hacía en aquellos tiempos, llega a configurar otro escenario acerca de este quehacer que es el que importa para la investigación.

Cuando la política pasa por otras instituciones y el poder a manos de otros individuos y otras instituciones no significa que los que antes hacían política ya no la hagan. Entonces la sociabilidad se vuelve política y se construye como tal. Toda actividad se usufructúa con fines políticos y así se van tejiendo redes de relación con fines proselitistas. De este modo, la creación y la imaginación se dan cita en los momentos de mayor cercenamiento de las libertades para posibilitar el encuentro y la conspiración. Y es entonces cuando la política y su quehacer pasan a evitar la represión convergiendo en otros ámbitos: las casas, los clubes deportivos, los cafés, los cementerios, los estadios, los hipódromos, las playas, por sólo enumerar algunos. De esta forma los cumpleaños y todo tipo de festividades u homenajes –como lo fueron muchas veces los realizados en los cementerios– fueron la excusa para reunirse, discutir y diseñar estrategias de acción. El conjunto de esa solapada actividad exige el diseño de códigos conspirativos y de los más insólitos camuflajes.

Lo sucedido no sólo significa la vivencia del acontecer diario de los políticos sino que representa asimismo la forma en que se va gestando la construcción de la institucionalidad democrática.⁷ Y éste es el punto medular para la historia oral: el fraccionamiento de la actividad en espacios privados y semipúblicos y la dispersión de las fuerzas políticas y sociales que redimensionaron el papel de los individuos, de los grupos pequeños, de cier-

tos micromundos sociales. La inmensidad de lo realizado, los insólitos túneles por los que transcurrió cada actividad y lo insólito de las formas que se dieron para cumplir con los objetivos de la política, quedan en el recuerdo individual de sus actores, que lo colectivo estaba impedido y lo público reprimido. Sólo el rescate de la memoria de quienes fueron tejiendo aquellas redes y recorriendo aquellos vericuetos permitirá descubrir otras formas y otros espacios del quehacer político que finalmente reconstruyen las historias y explican el rumbo de la historia.

En suma, éste es el principal aporte, o el más rico, del testimonio que pueden ofrecer los políticos sobre lo sucedido en etapas autoritarias o de transición.

Una ruta posible para entrevistar: algunas pistas después de una experiencia

¿Cómo abordar a la elite política, y cómo hacerlo en un espacio que no sea su escenario, sino su espacio privado, individual, y no su hábitat acostumbrado de actuación? Ello conduce, al mismo tiempo, a otro cuestionamiento. Se trata de determinar bajo qué condiciones, en qué circunstancias y sobre qué situaciones se aborda y cómo resulta más enriquecedor hacerlo.

El recorrido para lograrlo contiene varias paradas y dos recomendaciones sustantivas. Estas últimas tienen que ver con el papel del historiador y/o entrevistador. Quien pregunta no es un polemista, es un investigador que va en busca de una fuente de información y, por tanto, nunca va a un debate con su entrevistado. Esto es esencial, y quizás es lo más difícil cuando se trata de un tiempo histórico respecto al cual se está o se ha

estado comprometido social y políticamente. Es, además, quien realiza la entrevista y luego la utiliza en su investigación, alguien que debe preservar la ética profesional; lo cual alude al respeto absoluto sobre el uso de la información obtenida de acuerdo con la voluntad del entrevistado. ¿Qué representa esto? Que sólo se utilizará públicamente lo autorizado por el entrevistado. No obstante, la información obtenida no se pierde aunque no se haga pública, porque el investigador tendrá una riqueza de datos de la cual extraer un caudal de conocimiento que enriquecerá su interpretación de los hechos más allá de las fuentes.

Para cualquier objetivo a investigar –tema de coyuntura, proceso histórico o historia de vida– la primera parada es un requisito ineludible: conocer al sujeto a entrevistar y su contexto. En este sentido, siendo un político importa el presente, su situación actual activa o pasiva. Ello hace posible detectar el doble discurso sobre el que se deberá trabajar para descartarlo o valorarlo.

La segunda estación es la elaboración de un cuestionario que no debe darse a conocer antes de la entrevista, ya que ésta puede generar durante su desarrollo, temas no incluidos en el cuestionario, lo que impone ser flexible para dejar que el propio entrevistado pueda incorporar los si así lo quiere. La flexibilidad tiene sus riesgos, porque el exceso discursivo siempre está presente en el político, y constituye un desafío para este tipo de investigación. En este sentido, el mayor éxito se obtendrá en la medida en que se logre bajar del escenario al político, es decir, que su testimonio sea fruto de la reconstrucción de sus recuerdos, no de su labor proselitista. ¿Es posible obtenerlo? En parte lo es y constituye uno de los principales retos.

Por todo ello, la tercera parada de la ruta

es la conquista de un clima de empatía, de distensión y de interés de manera que los recuerdos sometan al actor actual y nos entreguen al protagonista de antaño.

¿Cuáles son los límites temporales de la realización de una entrevista? Sin duda los establecidos por el entrevistado, su voluntad de seguir los complejos y movidos caminos de los recuerdos o su decisión de interrumpirla: es el dato decisivo que indica la continuación o la finalización de la entrevista. Esta cuarta parada de la ruta contiene, en el caso de los políticos, experiencias concretas relacionadas con sus tiempos de actividad legislativa o ejecutiva, de su interés presente y de sus urgencias. Si lo están llamando a sesionar o a firmar un acuerdo la tensión pasa de la entrevista a otro aspecto. Es posible que pese a ello se logre, que mantenga el interés, esto sucede también y hay que aprovecharlo. Como es obvio, los políticos retirados tienen otros tiempos y otras expectativas.

Un último freno en el camino de la entrevista son sus primeras vallas a sortear: las secretarías y los teléfonos. Personajes y objetos que pueden convertirse en enemigos insalvables del entrevistador. Conquistar la simpatía de quienes llevan la agenda de un político es un objetivo para quien pretende entrevistarlos. Y lograr que el teléfono sea suspendido para que su atención esté en la entrevista resulta ser otro punto importante, si se quiere alcanzar el clima de armonía, de placer, de gusto necesario para redescubrir su actuación.

Notas

¹ Para una investigación sobre la historia política del Río de la Plata recurrí *in extenso* a la historia oral. De mis textos publicados, e ilustrativos de

la aplicación de la metodología, véanse: *El maremoto militar y el archipiélago partidario. Testimonios para la historia reciente de los partidos políticos uruguayos*, Ediciones de Ciencias Sociales/Instituto Mora, Montevideo/México, 1994; *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*, Instituto Mora, México, 1996 y, "Asuntos y temas partidarios en la memoria de las elites radical y peronista", en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, Argentina, 1996.

² Es un concepto que además de producir encono ha merecido un extenso examen en la ciencia política y ha contado con un detenido análisis de Pareto, Michels, Mills y Mosca. En este trabajo se lo delimita y utiliza como grupo que tiene el poder de dirección política en las colectividades partidarias –en el gobierno– y que es reconocido como tal por la sociedad. Véase el texto de Carlos Real de Azúa, *La clase dirigente*, Nuestra Tierra, Montevideo, 1969 (núm. 34).

³ Como es obvio, dedicarse a procesos tan contemporáneos desde una perspectiva histórica, no oculta que "[...] quien se ocupa de la historia política está interesado en el presente y en el futuro de su entorno; de ahí surge su inclinación por el pasado". Véase Alvaro Matute, "Historia política", en Horacio Crespo *et al.*, *El historiador frente a la historia, Corrientes historiográficas actuales*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1992, p. 70 (Serie Divulgación, 1).

⁴ En este sentido vale la pena retomar que: "Si el pasado cuenta es por lo que significa para nosotros. Es el producto de nuestra memoria colectiva, es su tejido fundamental...Pero este pasado próximo o lejano igualmente, tiene siempre un

sentido para nosotros. Nos ayuda a comprender mejor la sociedad en que vivimos hoy, a saber qué defender y preservar, a saber qué derribar y destruir. La historia es una relación activa con el pasado. El pasado está presente en todas las esferas de la vida social. El trabajo profesional de los historiadores especializados forma parte de esta relación colectiva y contradictoria de nuestra sociedad con su pasado; pero no es más que un aspecto particular, no siempre el más importante y jamás independiente del contexto social y de la ideología dominante[...]La memoria colectiva, la apelación a la historia actúan en última instancia respecto al futuro". Jean Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*, Siglo XXI, México, 4a ed., 1981, pp. 22-25.

⁵ Un muy interesante y sugerente estudio e interpretación, sobre lo que llama "la revolución documental", ofrece Jacques Le Goff en su obra *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, España, 1982.

⁶ Tomar conciencia de los peligros dados por la dosis de subjetividad es parte fundamental en la explicación histórica que busca acercarse a la objetividad de la verdad. De ello da cuenta Adam Schaff en su obra *Historia y verdad*, Grijalbo, México, 1974 (Teoría y praxis).

⁷ Como lo anota Philippe Joutard, uno de los servicios que presta la historia oral es el reemplazo de documentos escritos, evidente en situaciones de clandestinidad o de resistencia. Es decir, se recupera lo olvidado exclusivamente con los testimonios de quienes lo vivieron –actores o espectadores. Consúltese su libro *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, pp. 253 y ss. (Colección Popular, 345).